

ARCHIVOS DE LA MEDICINA HOMEOPÁTICA.

PERIÓDICO QUINCENAL.

Consideraciones patológicas y terapéuticas sobre las Hemorroides,

POR EL DR. RINO Y HURTADO.

Véase el núm 5.—Continuacion.

II.

Terminábamos el artículo anterior lamentando la ciega terquedad con que las mayorías influyentes y oficiales de nuestras enseñanzas y de nuestros hospitales se divorciaban del legítimo consorcio, que debieran conservar con las tareas eminentemente experimentales de nuestra combatida homeopatía. Parece que el alto cuerpo médico de todos los países obedece con premeditacion y por sistema á una consigna abominable y anti-humanitaria, tan contraria á su benéfica mision, como á su carácter elevado; parece como que se empeña en desprestigiar las verdades prácticas que patentiza aquella reforma incomparable, y en anular los progresos trascendentales, que realiza. ¿Será esto, acaso, porque se lastiman sus intereses materiales, porque se ven precisados, si aceptan nuestras innovaciones, á hacer nuevos y difíciles estudios, ó porque está todavía vigente entre los hombres la ley fatal de oposicion á todos los adelantos útiles á la humanidad?... Ello es lo cierto: que ni el anatema que fulmina constantemente la historia contra todos los que entorpecen ó invalidan los progresos sociales, ni el triunfo seguro y honroso, que tarde ó temprano alcanzan los obreros de la verdad, aunque esta por de pronto lastime intereses individuales, ni la autenticidad de los hechos, que aquella invoca en todo el mundo civilizado, ni el carácter lógico y eminentemente práctico de sus averiguaciones, justamente en unos estudios en que son todo la observacion y la experiencia, segun el testimonio unánime de todas las edades,..... nada es bastante para detener á esos profesores,

tan respetables por su saber, como beneméritos por sus servicios, en la pendiente ominosa y resbaladiza, por donde tan rápidamente se precipitan en una responsabilidad moral ineludible y en un descrédito seguro ante el severo tribunal de la posteridad.

Una ojeada rápida, aunque superficial sobre el origen y el carácter de nuestra doctrina justificará, hasta para los más indiferentes, su genealogía experimental y la legitimidad de sus descubrimientos. Alejado nuestro ilustre maestro del ejercicio de la medicina porque lo veia incompatible por su vaguedad y sus errores con la rectitud de su conciencia, sometido para vivir modestamente á las tareas asíduas y penosas de enseñar los idiomas que poseia y hacer traducciones al aleman, se vió sorprendido en el artículo *Quina* de la obra de Cullen con las explicaciones gratuitas y arbitrarias, que en ella se daban de su admirable virtud febrífuga. En vez de pasar adelante como hubiera hecho cualquiera otro ménos pensador, ó de preocuparse con nuevas suposiciones más ó ménos aceptables y artificiosas, obtó por consultar á la misma naturaleza que era la poseedora de aquel secreto, y comenzó á experimentar; toma quina á dosis repetidas y graduadas y bien pronto notó un movimiento febril progresivamente acentuado y con los caracteres de una fiebre intermitente de aquellas que con más seguridad se curan por esta corteza prodigiosa; no le basta este hecho aislado, lo repite, lo obtiene de nuevo, lo comunica á sus amigos y todos de consuno se entregan á la realizacion, y á la produccion de otros análogos con la belladona, la coca de levante, etc. Los resultados continuan siendo acordes y Hahnemann no pudo ménos que ver en ellos la *manzana* caída á presencia de Newton. La luz se destella refulgente y vívida de aquellos hechos tan palmarios y acordes, la incógnita se despeja y la ley terapéutica surge clara y triunfante

disipando las negras caliginosidades de tantos siglos. ¿Hay en esto algo que no sea legítimamente médico y ampliamente experimental?... ¿Ha reconocido la medicina jamás otro oráculo más autorizado y competente que la observación y la experiencia?... Y si esto es así, porque vuestra negativa es falaz é inadmisibile. ¡Oh detractores de la verdad! ¿cómo es que no os avergonzais de vuestro criminoso alejamiento y de vuestras repulsas desdeñosas é injustas?... Pero ¡ay! recordemos que estos actos reflejan la historia abreviada de la humanidad; que todavía impera entre los hombres la ley del egoísmo y del sórdido interés, ley nefanda, que condena y ha condenado siempre á la persecucion y al martirio á todos los bienhechores de la humanidad y á todos los obreros de su perfectibilidad.... Venid sino vosotros: ilustres Sócrates, Platon, Ciceron, Colon, Copérnico, Paracelso, Serveto, Galileo, Harvey, Jenner... y deponed con vuestras persecuciones, vuestros odios, vuestros asesinatos y vuestro martirio en pro de esta amarga y desconsoladora verdad.

Pero dejemos de una vez estos apóstrofes estériles, y acompañando á la sociedad en su marcha lenta y laboriosa pero progresiva y providencial, concurremos con el pequeño contingente de nuestra benévola, aunque escasa posibilidad, al objeto meritorio á que la encamina la Providencia, siempre solícita de sus prósperos y ulteriores destinos. El cuadro de los recursos curativos, que ofrece la medicina secular para el tratamiento de las hemorroides es en extremo triste y desconsolador, porque á la inseguridad de sus resultados y al ciego empirismo de sus procedimientos, agrega la crueldad de sus operaciones cruentas y la contingencia de los empeoramientos graves y desastrosos que encadena. Brodie, que confunde las hemorroides con las varices genuinas de la márgen del ano, creyéndolas más frecuentes en las clases ricas por su molicie y succulenta alimentacion, aconseja laxantes y aperitivos suaves, lavativas de agua fria y sobre todo el uso continuado de la pasta de Ward al interior, en cuya composicion, como todo el mundo sabe, entran la pimienta negra, la émula campana y las simientes del hinojo. Everard aplica esta misma pasta sobre el ano y recomienda además por sus buenos efectos la pimienta cubeba y el bálsamo de copaiba, insistiendo en las sanguijuelas, en el reposo y en las punturas, que cubre inmediatamente con compresas empapadas en agua fria.

M. Martin llama eficazmente la atencion de los prácticos sobre los *fungus* del ano, á que tan amenudo dán lugar. dice, las hemorroides, confundiendo con ellas y complicando y agravando su diagnóstico y su tratamiento; aconseja por tanto ligarlas y destruirlas con la introduccion de mechas preparadas en el intestino. Lisfranc las corta cuando las cree ulceradas, condena la aplicacion de sanguijuelas como una mala práctica, prefiere á ellas la sangria del brazo, los chorros de agua fria con una regadera y la compresion graduada; teme tambien sus degeneraciones y se apresura á amputarlas, ligando los vasos más bien que cauterizándolos; es preciso, dice, someter los enfermos de hemorroides dolorosas á frecuentes y reiteradas exploraciones, á fin de arrancarlas tan pronto como presenten ulceraciones rebeldes, que vienen á ser la primera etapa del cáncer del recto. El famoso Delpech y M. Jobert, participando de estos mismos temores y recelando las propias degeneraciones, se apresuran á operarlas igualmente y del propio modo. Vallez hace untar el ano con una pomada aluminosa, y cuando encuentra marchitos ó ménos inflamados los tumores, aplica cataplasmas de hojas de sauco y perejil medio cocido. Szerlecki asegura: que la tintura de árnica, dilatada en agua y aplicada como tópico sobre los tumores cuando están muy dolorosos, produce alivio rápido. Un médico aleman aconseja en estos casos las cataplasmas de las hojas y toda la yerba de las patatas. Groenendaels usa la belladona, á la que atribuye una accion específica para calmar el dolor, combatir el estreñimiento y facilitar la relajacion del esfínter; la emplea en unturas, poniendo media dracma de su extracto con una onza de unguento rosado para usarlas tres ó cuatro veces al dia. Wardleworth prescribe píldoras de pez. Hourtan, despues de hacer salir hácia fuera el rodeo hemorroidal por medio de esfuerzos del mismo enfermo, como para defecar, lo embadurna con un pincelito empapado en ácido nítrico concentrado, cubriendo enseguida con aceite comun la parte cauterizada á fin de limitar la accion del escarótico. Amussat opera estas cauterizaciones con el cáustico de Filhos, tomando de antemano las precauciones necesarias. Chassaignac estirpa los tumores por medio de un procedimiento, que él llama *Aplastamiento lineal*, y que viene á ser una escision operada por la compresion progresiva, verificada por la ligadura del instrumento

de su invencion. A. Ure los quema con ácido crómico.

Pero ninguno de los cirujanos lleva con más valentía y hasta crueldad su mano sobre los tumores hemorroidales, como el renombrado Boyer, que en el *Bulletin général de thérapeutique*, 1847, nos da cuenta de sus procedimientos tan atrevidos como peligrosos, por más que el éxito pueda coronar alguna vez sus esfuerzos. Despues de colocar convenientemente al enfermo y de extraer hácia fuera los tumores hemorroidales, los atraviesa con una aguja enebrada á un hilo doble para sujetarlos durante el tiempo de la operacion é impedir su recogimiento convulsivo en el recto por la violencia de los dolores; entrega estos hilos á los ayudantes para sostenerlos fuera el tiempo necesario, toma un cauterio cilindrico, candente hasta el blanco, lo introduce en el orificio anal tres ó cuatro centímetros, manda aflojar en el acto los hilos, que retienen fuera los tumores, los deja caer perentoriamente sobre el hierro candente, los abrasa y los destruye; repite esta operacion dos ó tres veces, y terminándola por la aplicacion segunda vez de otro cauterio cónico, de vértice truncado, elevado igualmente al rojo blanco, para acabar de destruir los espesados tumores; despues de estas operaciones, que el mismo Boyer califica de muy dolorosas, aplica compresas empapadas en agua fria.

Cuando se medita sobre estas escenas de tan acerbos sufrimientos, y sobre estos procedimientos tan inseguros como peligrosos, escenas y procedimientos prescritos y autorizados por esa medicina secular, que tanta presuncion y altivez inspira á unos, como escepticismo y desaliento á otros, no puede uno ménos que recordar las patéticas lamentaciones del dignísimo Dr. Frappart, amigo íntimo y discípulo predilecto del renombrado Broussais, cuando exclamaba: «¡La medicina!..... pobre ciencia. ¡Los médicos!.... pobres sabios. ¡Los enfermos!.... pobres víctimas. Cada veinte años, cuando más, una misma escuela cambia de sistema; á veces hay en una sola dos ó tres sistemas á la vez; en fin, entrè los médicos educados en una misma enseñanza y bajo las mismas inspiraciones y sistema, no hay cuatro, que puedan entenderse, á la cabecera del enfermo. La ciencia es la anarquía, la profesion el descrédito, y su ejercicio está al borde del abismo. Vivís en el aislamiento, bajo el odio y el menosprecio los unos de los otros; el descrédito os invade por todas partes; no

podeis resistirlo, ni tenéis posibilidad de hacerlo; el menor choque, con tal que se repita con valor y perseverancia, acabará por destruirlos. Yo siento una profunda repugnancia hácia la medicina y hácia los médicos.»

Esta insuficiencia de la terapéutica tradicional, reconocida y atestiguada por tantas de vuestras mismas eminencias, y que á la verdad es tan impropia de vuestros asíduos estudios y de vuestros perseverantes desvelos; debe convenceros plenamente de que en esos estudios y en esos desvelos habeis seguido una ruta equivocada é inconveniente, que habeis caminado al acaso, con la brújula mendaz de la rutina y con el estéril concurso de la casualidad; sin ley, sin punto de partida, sin encontrar en vuestro camino una fuente de aguas vivas y fecundantes, la ciencia que cultivais ha hecho sus etapas sin más guia que el empirismo ciego é inconsciente y siguiendo siempre el escabroso derrotero señalado por el descarnado eclecticismo desatentado é infecundo; La autoridad de los unos, la palabrería de los otros y la audacia presuntuosa de todos, ha creado esas individualidades absorbentes y peligrosas, que tantas veces han detenido los progresos de la terapéutica, á pesar del rico caudal con que la brindaban constantemente todas sus ciencias auxiliares. Hoy la homeopatía os ofrece otra brújula completamente experimental y segura, un punto de partida más directo y asentado firmemente en los más remotos recuerdos de la ciencia, un raudal abundoso de conocimientos patogenéticos y fecundantes, que vuestros mismos hombres reclamaban..... y sin embargo vosotros permanecéis sordos é indiferentes con vuestros errores, y agresivos á más no poder con vuestro orgullo y con vuestra intolerancia. Tiempo es ya de que despertéis de una vez, alópatas pensadores é ilustrados, y que sacudiendo esa prevencion ominosa y funesta os aproximéis á nuestras doctrinas, las estudiéis y las experimentéis á la cabecera del enfermo para poderlas juzgar despues con suficiente conocimiento de causa; todo lo demás es impropio de la ciencia, de vuestro decoro y de vuestro deber. «Cuando, á fuerza de estudios y perseverancia hayan triunfado los homeópatas de la antigua rutina y de sus errores, la posteridad no podrá creer jamás que por tan largo tiempo se hayan despreciado sus beneficios.» A. Hoffman.

Rebuscando en los tratamientos hemorroidales de los distinguidos Valleix, médico del

hospital de la Piedad de Paris; Niemeyer, catedrático de la Universidad de Tubinga; Litré y Robin, del Instituto francés, y del eminente Kunze, profesor de medicina de Halle, encontramos excelentes moniciones dietéticas é higiénicas, recomendaciones acertadísimas para su preservacion y modificacion, preceptos auxiliares de grande estima en todas las fases del padecimiento; pero... en lo tocante á la terapéutica, en lo concerniente al tratamiento directamente curativo, sólo hallamos el vacío, el caos, la incertidumbre y las contradicciones. Las sangrías alguna vez; las sanguijuelas, *loco dolenti*, las más; los purgantes más ó ménos eficaces y activos, siempre con la indicacion preferente de contrariar la constipacion de vientre, eausa primordial alegada del *molimen* hemorroidal; (sin querer recordar que aunque estos medicamentos, por su accion primitiva y pasajera, llenan aquel objeto, irritando y favoreciendo siempre el aflujo rectal, no por eso dejan de aumentar despues muy considerablemente el mismo síntoma por su virtud secundaria y sostenida, y cuya palmaria verdad es tan notoria desde que el grande Hipócrates consignó *diarrea diarrea solvitur*); medios accesorios multiplicados consistentes en semi-cupios, baños de asiento, lociones, cataplasmas, unguentos, pomadas y aplicaciones de diferente índole, pero con indicaciones inseguras y seguidas siempre de nulos ó escasos resultados; hé aquí el catálogo interminable pero abreviado de ese arsenal omnipotente de la medicina de treinta siglos. Los pacientes, por lo comun inconsolables con su afflictiva situacion, soportan á más las mortificaciones de tantas eventualidades, como secuela inseparable de su inexorable padecer; si es que, alucinados por promesas ilusorias, no se deciden á probar fortuna con los procedimientos quirúrgicos, que cuando ménos subliman indudablemente los dolores y los peligros de su situacion.

La medicina secular, que en manos de sus primeros y más adelantados conocedores, la vemos tan impotente para curar la enfermedad hemorroidal, se ve obligada, no solo á recurrir con frecuencia á procedimientos y manejos operatorios difíciles é inseguros, como si eliminar ó amputar una parte enferma fuera curarla; sino tambien á transigir y capitular con tan porfiado enemigo hasta un extremo que prueba palpablemente su misma impotencia. Como quiera que el flujo hemorroidal, de abundancia inquietante y aterradora á

veces, descarga materialmente el infarto rectal y alivia, facilitando la circulacion venosa de los órganos abdominales, se cree en la meritoria obligacion de promoverlo, ó reemplazarlo en ciertos casos determinados, sin tener en cuenta que este mismo flujo constituye por sí solo el síntoma más grave y peligroso de toda la dolencia. Así es que la vemos prescribir sanguijuelas en la márgen del ano para suplirlo cuando se ausenta, ó promover su alumbramiento con el aloës ú otros agentes irritantes cuando se retarda; en esta exigencia tradicional se funda el célebre Dupuytren cuando nos exhibe la curacion que obtuvo de una intensa oftalmia consecutiva á la supresion de un flujo habitual, restableciéndolo por medio de una pomada compuesta de manteca y acibar sucotrina, con que frotaba la estreñidad del recto. El mismo Trousseau aconseja en estos casos el uso de supositorios ó calas estibiados, á pesar de que este medio, más propio para inflamar los tejidos que para congestionarlos convenientemente, expone á sérios peligros. Y para que nada haya consecuente ni bien establecido en esta medicina intransigente y decrépita, estas prescripciones y estas apreciaciones clínicas del eminente Dupuytren, del respetable Trousseau, y que vienen admitidas de tiempo inmemorial por la generalidad de los clásicos, no encuentran séquito en el reputado catedrático de patologia y clínica médica de la Universidad de Tubinga. Efectivamente, este influyente y prestigioso maestro, en su Tratado clásico de patologia interna y terapéutica, tan repetidamente editado y perfeccionado en Alemania, y que traducido á tantos idiomas, cuenta con tan numerosos y entusiastas admiradores en todo el campo alopático, no participa de estas convicciones, ni quiere contribuir á consolidarlas: «Nuestra manera de considerar las hemorroides, dice, no nos permite conformarnos con el uso recibido de describir los medios recomendados para restablecer las hemorroides (1) suprimidas; felizmente para los enfermos los remedios empleados en casos semejantes: emisiones sanguíneas periódicas, baños calientes de asiento, aplicacion de supositorios irritantes, drásticos... casi nunca tienen por resultado el retorno de las hemorroides, mientras que todo cuanto es razonablemente permitido esperar, se obtiene por lo

(1) Para Niemeyer este es el nombre comun bajo el cual designa las dilataciones venosas y las hemorragias que sobrevienen por el recto.

comun con las emisiones sanguíneas periódicas.» *Niemeyer en su edición francesa de 1869, tom. I, pág. 718, hecha sobre la séptima alemana.* Notamos á más: que todas las prescripciones de este elogiado catedrático de la medicina secular se reducen á purgantes, especialmente salinos, que asocia al azufre sublimado ó precipitado; algunas sanguijuelas al ano, cuyo desahogo favorece con vapores de agua caliente; y con cuyos medios combina fórmulas determinadas. Empirismo por cierto bien escualido é infecundo, y al que tan mal sienta la intolerancia obstinada y altiva, que tanto le aleja de nuestros estudios prácticos y de nuestros resultados clínicos.

OBSERVACIONES

sobre el tratamiento de las enfermedades por el aire comprimido,

POR EL DR. A. VALDWIN.

(Leído ante la New Jersey State Medical Association.)

Un interesante artículo que he leído hace poco en el *Nort American Journal of Homæopathy* sobre el «Tratamiento Pneumático» me sugiere algunas observaciones de mi propia experiencia, practicadas por encargo de una institución, que hace algunos años se dedica á este tratamiento. Habiendo tenido bajo mi observación cosa de un centenar de enfermos hallándome al frente de la citada institución, he podido con alguna oportunidad observar sus efectos en varias enfermedades.

Este método de tratamiento, aunque hace muy poco que se ha introducido en nuestro país, no es nuevo en los anales médicos. Dos siglos há que lo había ya ensayado un médico inglés, el Dr. Heniliaw, que proponía un aposento atmosférico en el que el aire pudiese ser rarificado ó condensado según las necesidades que reclamaba el órgano enfermo. Así, dice, podría el enfermo respirar un aire semejante al que de otro modo solo en el Pico de Tenerife, ó en alguna otra montaña muy elevada, le hubiera sido fácil encontrar, y esto debería ponerse en práctica para evitar los inconvenientes que experimentan los viajeros de lejanos países con el súbito cambio de aire, regulando el que les rodea por el que respiraban en su propio país. A pesar de estos trabajos ningun resultado práctico se obtuvo entónces, hasta que ha principiado á hacerse uso de la campana de buzo en la que el aire está condensado según la profundidad á que desciende. Con tal medio pudimos aprender, entre otros efectos, que personas completamente sordas podían oír bien y sin dificultad mientras estaban sujetas á la presión. De treinta y cinco años á esta parte, varias experimentaciones se han hecho y publicado en Francia y Alemania, demostrando los efectos del aire comprimido en diferentes densidades y variadas temperaturas. Fueron tan satisfactorios los resultados en algunas formas de enfermedad, que en Berlin, Leipzig y Stuttgart en Ale-

mania; en Francia, París y Lion; y también en Italia, se abrieron establecimientos destinados á esta clase de tratamiento. Mas recientemente todavía se ha inaugurado una institución en Rochester y aun con posterioridad otra en Clifton Springs, con el propósito de desarrollar el tratamiento por el aire comprimido.

El aparato para administrar estos baños consiste en un aposento circular de unos nueve piés de diámetro y veinte de altura, confortablemente amueblado con sillones y capaz de contener ocho ó diez personas sentadas. Está formado por gruesas planchas de hierro, unidas y claveteadas como la caldera de una máquina de vapor, de modo que no permita escapar al aire contenido, é iluminado por pequeños ventanillos con gruesos cristales planos. Forma la entrada una especie de vestíbulo con dos sobrepuestas y muy ajustadas puertas de hierro, que pueden abrirse, sin afectar la presión de la cámara principal, cada una á su vez, como la esclusa de un canal.

Se introduce el aire dentro la cámara con un fuelle por medio de una máquina de vapor que mueve un par de grandes bombas de aire, las que se comunican por un tubo que termina con una abertura cerca del nivel del suelo. Por el techo otro tubo permite la salida del aire impuro expirado. Cada uno de los citados tubos está provisto de un tornillo-válvula para regular el grado de presión á la densidad necesaria, la que generalmente varia de ocho á quince libras para cada pulgada cuadrada. Pasa primero el aire por purificadores que contienen agua para depurarle de las partículas de polvo ó de alguna materia deletérea que pueda contener, y de allí pasa al baño. La cantidad de aire que pasa por el baño será de cincuenta á cien piés cúbicos por minuto. La temperatura también puede cambiarse á voluntad; así es que puede obtenerse la temperatura de cualquier clima deseado, y hasta los más altos calores de los baños turcos y rusos sin sus efectos debilitantes.

Se han usado dos clases de baños de aire. El tónico á la temperatura ordinaria y el caliente ó de sudor. Para el primero por lo comun los enfermos permanecen unas dos horas dentro, respirando el aire puro condensado á la presión necesaria, ocupando el tiempo en leer, conversar ó en juegos de entretenimiento. En el baño caliente, una temperatura moderadamente elevada, 95 á 98 grados Farh. con más la presión de quince á veinte libras por pulgada cuadrada, produce el más abundante y suave sudor, cuando es necesario para la curación de alguna enfermedad, llegando las gotas de sudor á correr por el suelo. Esta abundante perspiración no debilita como podría temerse, debiéndose este resultado á la abundancia de oxígeno que atraviesa continuamente el baño. Es digno de particular elogio el que el aire se mantenga más frío en la parte superior de la cámara del baño que en la inferior, por lo cual felizmente la cabeza se conserva fresca mientras que las extremidades están calientes. De esto se deduce, que parece especialmente adoptado para reumatismo, catarros y alguna fiebre aguda, como en efecto así sucede.

Luego de entrar en el baño, aumenta la presión atmosférica, por cuyo motivo se experimenta una sensación desagradable en la membrana del tímpano, tanto que llega en algunos casos á convertirse en un verdadero dolor, á menos que se haga penetrar el aire con mucha lentitud. Esto continúa hasta que se ha alcanzado al máximum de presión, y cesa tan pronto como

el aire conserva la misma densidad. Por lo comun estos efectos solo se experimentan en el primer baño. Cuando se disminuye la presión se siente como si el aire se escapase por la trompa de Eustaquio, y desaparece la sensación de plenitud y de sordera. En algunos casos de oclusión, el baño de aire produce todos los efectos de la cateterización de la trompa de Eustaquio, y se nota inmediato alivio en la sordera. Esta afección siempre experimenta alivio durante el baño.

Los fenómenos fisiológicos varían en algunos puntos en las dos especies de baños. El tónico frío es más conveniente para personas débiles, postración nerviosa, etc., mientras que el de sudor podría ser muy perjudicial en estos casos así como también en los de tisis desarrollada con fiebre hética ó hemorragia. Como sucede en los tónicos ordinarios, aumenta en los calientes el volumen y el vigor del pulso, disminuyéndose en las personas debilitadas, del mismo modo que vemos que sucede con los estimulantes en la inanición. En algunos casos de tisis he visto al pulso retroceder de 110 á 92 pulsaciones en cuatro horas de tratamiento continuado, y en un enfisema fué todavía mayor la reducción. Mas notables aún son los efectos de la respiración. Esta siempre es más libre, con la extraña particularidad de que á lo largo el pecho con frecuencia puede retener al aire durante uno ó dos minutos.

En la tisis tuberculosa crónica, en el enfisema y especialmente en el asma, experimentase el más notable alivio cuando la disnea es muy importante. La respiración se convierte en tranquila y regular, no solo porque se absorbe más oxígeno, sino porque la cantidad inspirada está en relación con la presión contra las paredes de las vesículas. Así es que la abundante absorción de oxígeno, y recíproca excreción de ácido carbónico, aumenta la eficacia de la función pulmonar, disipando de este modo algunas congestiones que podían existir, y repartiendo nuevo vigor y tono á todo el sistema pulmonar y bronquial; y esto, con escaso tal vez, está auxiliado por la compresión mecánica del aire sobre las membranas internas. Se le ha hallado, además, muy útil en las congestiones, generalmente por su poder de igualar la circulación.

Obra también favorablemente en muchas formas de enfermedades nerviosas, como neuralgias, postración nerviosa, pervigilio, dispepsia nerviosa, y corea.

Fueron prontamente aliviadas dos ó tres aberraciones mentales, (en mugeres), que dependían probablemente de la acción simpática del útero.

Esta su acción sobre los órganos uterinos es muy especial. Restablece la función menstrual cuando está disminuida ó suprimida, pero no la desarregla ni aumenta cuando se halla en estado normal.

Parece agravar y hasta reproducir el prolapso del útero y la leucorrea, como también la hemorragia hemorroidal.

El baño de aire caliente corta muy prontamente la fiebre y la intermitente, sea aguda ó crónica, si se administra inmediatamente de empezar el estadio del frío. Pero sus más patentes utilidades se han observado en el reumatismo. Muy pocos casos han resistido su benéfica influencia.

Para reasumir la acción del aire comprimido en el tratamiento de las enfermedades, del modo que he podido observarlo, debo añadir que sus principales utilidades consisten en igualar la circulación, y por esta razón es muy benéfico en las congestiones generales,

en las especiales de los pulmones é hígado, enfermedades nerviosas, neuralgia, postración nerviosa particularmente en forma de «cerebro desfallecido» pervigilio, corea, y epilepsia; en enfermedades pulmonares incipientes, catarro nasal y bronquial, y especialmente en el asma, reumatismo, agudo y crónico; en insuficientes y escasos menstruos, constipación; también algunas enfermedades agudas, como afecciones paludarias y algunas afecciones inflamatorias subagudas.

El Dr. Armstrong, de Inglaterra, hablando de esta clase de tratamiento, dice: «Es este uno de los más poderosos medios que conozco para curar la fiebre congestiva ordinaria. Con esto no se fatiga al enfermo, como sucede con el baño de agua, y en el espacio de media á una hora hará llegar libras de sangre á la superficie del cuerpo, la cual estaba sofocando algunos órganos interiores; esto lo verificará por una perspiración general que restablecerá el equilibrio de la circulación más prontamente que los demás medios que tengo conocidos.»

Dice también el Dr. Beitin de París: «Bajo la influencia de la compresión llevada á suficiente altura, desaparecen las congestiones permanentes de la piel y de las membranas mucosas en contacto con el aire, sin ofrecer el peligro de una metastasis.»

«La respiración en el aire comprimido, como que pone á la sangre en contacto con una mayor cantidad de la atmósfera en el mismo volumen, debe decarboxilar una más grande cantidad de sangre que bajo la presión atmosférica ordinaria. Bajo la influencia del baño de aire comprimido mejora la respiración, la sangre se convierte en más apta para la nutrición y se libra más rápidamente de sus partículas inútiles. La circulación se hace más tranquila y normal, la sangre recorre en sus debidas proporciones todas las partes del cuerpo. Al mismo tiempo aumenta el apetito, son más regulares las funciones digestivas, la nutrición es aumentada y el vigor restablecido. Desaparecen las congestiones agudas y crónicas, se verifica con más regularidad la circulación capilar, la respiración y la circulación arterial son más lentas.»

Cita este escritor treinta y cinco casos de varias enfermedades del sistema respiratorio, catarros agudos y crónicos, enfisema pulmonar, catarro bronquial y bronquitis y recomienda un aparato ideado por el doctor Wandenburg, para su aplicación, cuyo aparato se describe en una nota del editor.

La opinión que mis propias observaciones me han hecho formar, es que el tratamiento por medio del aire comprimido es sin duda alguna de un valor inapreciable en afecciones pulmonares, reumáticas, catarrales y neurálgicas, y que tiene también su valor relativo en otras enfermedades; pero que por de pronto están limitadas á aquellas clases en que por nosotros mismos han sido experimentadas como susceptibles de curación más probable por este medio que por los demás agentes conocidos.

Que puede perjudicar en ciertos casos y que siempre se ha de usar con cuidado y prudencia. Probablemente ulteriores observaciones producirán todavía mejores resultados.

Historia y estadística de la Homeopatía en Francia,

POR CH. CATELLAN.

Cuarenta y siete años hace (1828) que el conde Des Guidi, doctor en medicina, en ciencias é inspector de la Universidad de Lyon, se presentaba en Nápoles, donde le llamaban los quehaceres de familia; iba acompañado de su esposa, á quien una grave enfermedad conducía lentamente al sepulcro, y que esperaba de su permanencia en Italia y de los baños de Pouzzoles, aconsejados como último recurso, un lenitivo para sus prolongados y crueles sufrimientos.

Pero ni el cambio de clima, ni las aguas minerales, cuyas virtudes se celebraban tanto, produjeron resultado alguno: el mal era mayor cada día y el peligro se hacia inminente. En esta época y ya de largo tiempo, la doctrina de Hahnemann, cuyo nombre apenas era conocido en Francia, tenia numerosos adeptos en Alemania y en Italia; el conde Des Guidi oia con frecuencia contar sus curaciones, y como nada esperaba ya de la medicina clásica, recurrió al Dr. de Romani, que gozaba en Nápoles de gran reputacion como médico homeópata. Este distinguido práctico triunfó de una dolencia que hasta entonces habia desafiado todos los esfuerzos de la medicina oficial, y esta curacion inesperada produjo sobre el Dr. Des Guidi una impresion profunda y le determinó á estudiar la doctrina de Hahnemann. Inmediatamente dió principio á la obra y siguió asiduamente la clínica homeopática establecida por entonces en el hospital militar de la Trinidad, bajo la direccion de los doctores de Romani y de Horatiis.

En 1830, á la edad de sesenta y dos años, Des Guidi volvió á Lyon y se dedicó á la práctica de la homeopatía, cuyos beneficios proclamaba muy alto y cuyo valor científico demostraba un poco más tarde en aquella magnífica *Carta á los médicos franceses*, que ha sido traducida á todos los idiomas, y que contiene una exposicion concisa y elocuente de la nueva doctrina médica. Desde entonces la homeopatía echó raíces sobre el suelo francés. Ella tenia que caminar paso á paso, luchando sin tregua contra los obstáculos que encuentran todas las innovaciones útiles, todos los descubrimientos fecundos. Nosotros nos proponemos seguirla en su evolucion, señalándole sus progresos y precisando su estado actual en nuestro país.

Médicos.—Mientras el Dr. Des Guidi hacia tomar parte en sus convicciones á un cierto número de médicos, que habia acudido á su alrededor, el Dr. Antonio Petróz, que tenia en Paris una clínica numerosa y brillante, y cuyos trabajos en el *gran diccionario de ciencias médicas* le habian hecho tan notable, abandonaba los senderos de la medicina clásica y enarbolaba el estandarte de la homeopatía. Paris vino á ser bien pronto el verdadero foco de la nueva doctrina, el centro principal de su propagacion; en él vinieron á reunirse en derredor de Petróz, ó no léjos de él, todos los obreros del primer día: Curie, padre; Gueyrard, el mayor; Leon Simon, padre, Dezauche, Libert, Roth, Davet, Molin, padre; Jahr, Croserio, Leboucher, Cabarrus, Arnáud, Blanc, Laburth, France, Laffitte, Perry, Chapusot, padre; Chancerel, padre. Citamos por separado el más glorioso de todos, Hahnemann, que asentaba su tienda en Paris en 1835.

Las provincias no quedaban rezagadas y en ellas se veian agruparse sucesivamente bajo la bandera de la homeopatía á Desaix, Chazal, Rapou, Noack, en Lyon; Gastier, en Thoissey; Dutech, en Chalamon; Laville de Laplaigne, en Dijon; Deschamps, en Toringny; Delavallade, en Aubusson; Chargé, Rampal, Gillet, Sollier, en Marsella; Rigaud y Gout, en Pons; Perrussel, en Nantes; Nuñez, (1) Leon Marchant, Bourges, de Bonneval, en Burdeos; Cronigneau, catedrático agregado á la escuela de Dijon, en Dijon; Gachassin, en Tolosa; Roux, en Cette; Andrieu, catedrático agregado á la facultad de Montpellier, en Agen; Granier y Gardéy, en Nimes; Bechet, en Aviñon; Juvin y Crépu, en Grenoble, y el ilustre Dr. Amador, (2) en Montpellier.

La homeopatía francesa ha sido cruelmente probada, sobre todo en los veinte y cinco años últimos. Entre los médicos cuya pérdida tenemos que deplorar, citaremos aquellos que han servido nuestra causa con más brillo, con la palabra, con la pluma ó por los resultados de su práctica: Hahnemann, Curie, padre; Des Guidi, Desaix, Gueyrard, mayor; Libert, Croserio, Molin, padre; el catedrático Amador, Timbert, Gabalda, Pétroz, Tessier, Gastier, Andrieu, Escallier, Perrussel, padre; Arnaut, Marchant, Gueyrard, el jóven; Leon Simon, padre, Cabarrus, Davet, Serránd, padre; Desternes, Milcent, Granier y, en fin, Jahr, que ha muerto en Bélgica hace algunos meses, pero que pertenece á la Francia por el corazón, por su larga permanencia en nuestro país y por las numerosas obras que ha publicado en nuestro idioma. Hoy los médicos que practican la homeopatía en Francia son trescientos próximamente: setenta en Paris y doscientos treinta en los departamentos. Muchos han sido internos y premiados en los hospitales; algunos pertenecen á las escuelas oficiales en calidad de catedráticos; entre ellos citaremos al Dr. Imbert-Gourbeyre, profesor de la escuela de Clermont-Ferraud; Parlier, agregado á la de Montpellier; Gronigneau, á la de Dijon. Hé aquí los nombres de los setenta médicos de Paris:

Antraigues.	Cretin.	L. Simon, padre.
Bert-Denamps.	Davet de Benery.	L. Simon, hijo.
Belot.	Dervillez.	Leriche.
Bon.	Desauche	Le Thiere.
Boyer.	Dezermoux.	Love.
Braud.	Dubourg.	Magnan, mayor.
Buchlé.	Fournier.	Mag., el jóven.
Champeaux.	Franco.	Mailliot.
Chancerel.	Fredault.	Mercier.
Chanc, hijo.	Gonnard.	Molin.
Chanet.	Guerin Meneville	Muñoz.
Chapusot.	Hermel.	Oldendorf.
Claude.	Heerman.	Ozanaam.
Clement.	Hoffmann.	Partenay.
Conan.	Jousset.	Pénoyée, padre.
Congueret.	Láville.	Pénoyée, hijo.
Cramoisy.	Lebouche.	Perrusel, hijo.

(1) Este es el ilustre Sr. Marqués de Nuñez, actual Senador del Reino, nuestro compatriota y á quien tanto debe la homeopatía española. Todavía hoy, anciano ya, en el último período de su vida, casi totalmente privado de la vista, preside la Sociedad hahnemanniana, cuyos trabajos vivifica; difunde los destellos de su inagotable saber y se prepara, habitando personalmente el hospital homeopático, debido á su solicitud y desprendimiento, á consagrar su preciosa existencia á los pobres enfermos que invoquen los beneficios de la homeopatía.

(2) Este es el eminente filósofo y médico distinguido español doctor Risueño d' Amador, catedrático de aquella escuela y honra de nuestra patria.

Perry.	Rol.	Suberbie.
Pitet.	Roth.	Tessier, hijo.
Poirson.	Roussel.	Teste.
Poppleton.	Secretain.	Tissier.
Rafinesque.	Serraud, hijo.	Vauthier.
Raymond.	Silvestre.	Viollet.
Rochet.		

Farmacéuticos.—El honor de haber fundado en París la primera farmacia homeopática *especial*, es decir, consagrada *exclusivamente* á las preparaciones hahnemannianas, corresponde á Henrique Pétroz (hermano del célebre médico homeópata Antonio Pétroz); era entonces farmacéutico en jefe del hospital de la Caridad y miembro de la Academia Real de medicina. Desde 1833 el Dr. Desaix señalaba á Henrique Pétroz para los médicos franceses y extranjeros, como el preparador concienzudo y exacto de los medicamentos homeopáticos. El ejecutaba desde esta época las prescripciones de su hermano y de algunos otros médicos homeopatas de París, en las dependencias de la oficina del profesor Guibourt, su colega en la Academia; pero hasta el 16 de Mayo de 1837 no abrió su primera farmacia *especial*. Poco tiempo despues, los Sres. Catellan hermanos, que habian sido sus colaboradores desde el principio, tomaban la direccion de este establecimiento y le trasportaban á la calle Helder, 17, donde está todavía.

Hay en este momento en Francia catorce farmacias homeopáticas especiales: ocho en París y seis en los departamentos. Los Sres. Catellan hermanos tienen en París, calle de Helder, núm. 17, la farmacia central, y cuatro sucursales: bulevar de San Martín, número 25; calle de Bac, núm. 32; calle de Fbg. San Honoré, núm. 104 y calle de Rivoli, núm. 59. G. Weber, calle Capuchinos, núm. 8; Derode y Deffes, calle Chateaudun, núm. 43 y C. Weber, calle de San Honoré, núm. 352. Las seis de los departamentos son: Lambert y Bernay, en Lyon; Trichou y Borrelli, en Marsella; Alexandre y de Bachoné, en Burdeos. Tambien hay farmacias mixtas en Passy-París; en Nimes, Avignon, Nantes, Pau, Bayona, Nisa y Alger.

Hospitales.—La homeopatía se introdujo por primera vez, en 1832, en los hospitales y hospicios franceses, por el Dr. Gastier, que fué durante diez y seis años el médico del hospicio de Thoissey y obtuvo en él resultados notables hasta 1848, en que fué como diputado á la Asamblea nacional; más tarde por el Dr. Leon Marchant en el hospital de San Andrés de Burdeos, de donde fué excluido en 1849, gracias á los manejos de los médicos alópatas; despues sucesivamente en el hospital de Carentan, por el Dr. Scelles de Montdésiret, que todavía lo sigue; en el hospital de Bourgueil, por el Dr. Chauvet, que despues ha fijado su residencia en Tours, y, en fin, en el hospital de Roubaix, por el Dr. Liagre, ex-médico militar. En los hospitales de Thoissey y de Bourgueil, la comision administrativa hacia constar por acto oficial la superioridad del tratamiento homeopático. Respecto al hospital Roubaix, el Dr. Liagre publicó una estadística que daba el mismo resultado.

(Se concluirá.)

VARIEDADES.

E. P. D.—Acaba de fallecer en París la segunda esposa de Hahnemann, Melania de Hervilly, que casó

con él en 1835. No ignoran nuestros lectores que esta señora, siendo hermosa y rica, de esmerada y vasta educacion y de solos 34 años, consintió en casarse con el fundador de la Homeopatía, que contaba ya entonces 80 años, con la condicion de que distribuyera antes su fortuna entre los hijos que habia tenido de su primera esposa Enriqueta Kuckler.

LA EMANCIPACION DE LA MUJER es el título de un opúsculo del Dr. Gualtieri que vertido del italiano al español acaban de publicar los acreditados editores señores Texidó y Parera. Como cuestion de actualidad creemos que este opusculito ha de ser leído con interés.

POR FIN se han publicado tambien y puesto en venta *Las enfermedades del corazon* del Dr. Hale de Chicago, traducidas directamente por el acreditado homeópata Dr. D. Juan Maná. Nada diremos de esta nueva obra, basta solo indicar el nombre de su autor para formar juicio sobre ella.

SUMA Y SIGUE.—En un periódico de Medicina allopática hemos visto recomendada la tintura de Brionia para las pleuresias de los niños. Si á esto se añade la recomendacion de las trituraciones homeopáticas en la Academia (Allopática) de Medicina de New-York, y la de la tintura madre de Thuja por el allopata doctor Leaming y la de otros muchos especificos descubiertos y estudiados por la homeopatía, pronto será difícil distinguir entre la práctica de una y otra doctrina.

NUEVO HOSPITAL HOMEOPATICO.—Se ha abierto estos últimos dias en New-York, debido á la iniciativa particular, con el título de Hospital Hahnemann. El edificio se ha construido de planta para este objeto y puede contener más de cien camas.

ESTADÍSTICA de la Polyclínica homeopática de Leipzig en 1876.

Se han tratado 3,034 enfermos, de los cuales quedaron en tratamiento del año precedente 223 y los entrados fueron 2,811. En los 35 años de existencia, que cuenta la Polyclínica se han tratado 70,480 enfermos. Los 2,811 del año 1876 fueron curados 895, mejorados 253, visitados una sola vez 912, desaparecidos despues de algun tiempo de tratamiento 451, cesando en tratarlos 14, muertos 10, existentes para el año siguiente 245.

De estos 2,811 enfermos habia: del sexo masculino 1,196, del femenino 1,615, niños 876, adultos 1,935, hombres 767, mujeres 1,168, muchachos 429, muchachas 417, habitantes del mismo Leipzig 1,213, de fuera 1,598, de enfermedades agudas 769, de crónicas 2,042. Los 10 muertos, todos fueron niños; 5 varones y 5 hembras; entre estas últimas la una tenia 8 meses y 21 dias de tratamiento; murió de convulsiones consecutivas á una coqueluche; la segunda tenia 2 meses; la tercera 3 de un catarro intestinal agudo y como la precedente despues de dos dias de tratamiento; la cuarta de 4 meses de convulsiones clónicas, despues de 12 dias de tratamiento, y la quinta de 4 años de un derrame seroso en el cerebro. Entre los chicos hubo dos de 13 ½ años que fallecieron de atrofia intestinal á los 15 dias uno, y el otro á los 54: uno de 6 meses (disenteria 11 dias de tratamiento): otro de 18 meses (catarro crónico del estómago y de los intestinos, 44 dias de tratamiento): en fin el último de 3 meses (cyanosis 8 dias de permanencia). *Del bulletin de la Societ. med. homeop. de France.*

BARCELONA:

Imp. de Luis Tasso, hijo, calle del Arco del Teatro, núms. 21 y 23.